JAVIER **RUPÉREZ**

CUADERNOS PARA EL DIÁLOGO EN LA DISTANCIA DEL MEDIO SIGLO

El primer número de *Cuadernos para el Diálogo* se publicó en Madrid, que sería su sede permanente, en octubre de 1963, hace cincuenta años. La revista tuvo quince años de vida. El último número, el 285, vio la luz el 14 de octubre de 1978. *Cuadernos* mantuvo una frecuencia mensual entre 1963 y 1976, convirtiéndose en una revista semanal en los dos últimos años de su existencia. Su aparición y su misma presencia, sobre todo en los primeros años de su circulación, marcados por la rígida atonía del mesofranquismo, supusieron la apertura de un cauce inédito en la España de la posguerra hacia fronteras ideológicas, políticas y culturales sintonizadas con las realidades de las democracias occidentales.

La trayectoria de *Cuadernos*, aun en su rica y abundante pluralidad de gentes y de ideas, está estrechamente ligada a la figura de Joaquín Ruiz Giménez. Fue su visión, su tenacidad, su experiencia, su misma vida, las que hicieron posible la creación y el mantenimiento, prácticamente de la nada, de uno de los vehículos de pensamiento más influyentes –seguramente el más influyente– en el largo y no siempre cómodo camino de la dictadura a la de-

---

Javier Rupérez, del Patronato de FAES, fue miembro del Consejo de Redacción y de la Junta de Fundadores de *Cuadernos para el Diálogo*.

mocracia. La historia de la exitosa y pacífica transición de los españoles hacia las libertades tras la muerte del general Franco no puede ser explicada sin las aportaciones que, trece años antes del óbito del dictador, *Cuadernos* comenzó a verter sobre la opinión pública española. Nunca será excesivo enfatizar la dimensión que la persona de Ruiz Giménez tuvo sobre ello.

La larga vida –murió en 2009 con 96 años– del que fuera embajador de España ante la Santa Sede entre 1948 y 1951, ministro de Educación entre 1951 y 1956 y defensor del Pueblo entre 1982 y 1987, y tantas otras cosas en ámbitos públicos y privados, no ha recibido todavía la merecida atención de una sólida biografía, pero si de alguna manera hubiera que resumir el rasgo definitorio de su vida habría que hacerlo como el que corresponde a un hombre de fe. No fue la suya una fe lineal y como bien han solido subrayar tanto sus amigos como sus adversarios, la vida de Joaquín Ruiz Giménez es la de una persona que, a impulsos de sus más íntimas creencias, evolucionó al aire de los tiempos y de sus exigencias. Nunca hubo en esa evolución, sin embargo, oportunismo tactista o aprovechamiento circunstancial. Contra viento y marea peleó por lo que en cada momento creyó que le dictaba su conciencia, trasunto inmediato de la voluntad divina. Fue en tiempo ya tardío de su vida, el 31 de octubre de 1997, con ocasión de un multitudinario homenaje que le habían organizado sus más próximos amigos de *Cuadernos para el Diálogo* en el Palacio Municipal de Congresos del Campo de las Naciones en Madrid cuando, en sus palabras de agradecimiento, Joaquín Ruiz Giménez esbozó[1] los hitos de su existencia y los motivos de sus acciones. Lo hace en sentido inverso de lo que suele ser la narración habitual, yendo del presente hacia el pasado, y así dice:

> "… Tendría que remontar sosegadamente […] una empinada escala de recuerdos de muchos peldaños [...], en primer término […] los dos tramos más recientes y sin duda más homogéneos y menos polémicos de mi trayectoria, el Comité Español del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), 1988 hasta hoy, y el defensor (o mejor Defensoría) del Pueblo […]. Hemos compartido es-

[1] Joaquín Ruiz Giménez: "Esquema para mi intervención en la cena homenaje a *Cuadernos para el Diálogo*, aunque la hayan centrado obstinadamente en mí los amables organizadores (en la noche del 31 de octubre de 1997, Palacio Municipal de Congresos del Campo de las Naciones)". Texto mecanografiado de siete páginas. Archivo personal Javier Rupérez.

fuerzos por contribuir a la forja de una sociedad más justa en el mundo y en España, para todos los seres humanos y prioritariamente para los más marginados y los más inermes, las mujeres y los niños y niñas y jóvenes, bajo el signo de la solidaridad […]. Ascendiendo un poco aparece el tiempo de la transición hacia la Democracia en nuestra Patria, por la abnegada acción de los grupos políticos y de los sindicales y la decisiva experiencia de 'Coordinación Democrática' (1974-1977) y un decenio antes la apertura de caminos con *Cuadernos para el Diálogo* (1963-1978), factor básico –no el único ciertamente, pero sí esencial– para la movilización cultural y en suma política de la sociedad española […]. Subiendo algo más no se me borra lo que fue la acción tenaz y difícil de 'Justicia y Paz' en el espíritu del Concilio y de los mensajes de Juan XXIII y de Pablo VI […], esas dos fases –la de 'Justicia y Paz' y la de *Cuadernos*– la vivimos a fondo, bajo los signos de la amplitud de espíritu, el arma del diálogo, el riesgo compartido, la voluntad de reconciliación y el anhelo de una paz verdadera […], nada de eso hubiera sido posible sin lo acaecido en el decenio precedente […] entre 1956 […] y 1965, en que culmina el Concilio Vaticano II […], he empleado la metáfora de llamarlo 'mi Camino de Damasco', el que recorrí durante mi recuperada docencia en la centenaria Universidad de Salamanca (1956-1960) y culminó en mi nueva inmersión en la Universidad Complutense (1960 y siguientes) y mi participación en el magno Concilio ecuménico [...]; tal vez sea exagerado […] hablar de 'Camino de Damasco', pues no fue un batacazo sustancial, como el de Pablo de Tarso […], no hubo en mí cambio radical de fe, de esperanza y de amor, pero sí lo hubo en el modo de vivir esa fe, abriéndola al respeto y a la tolerancia de todas las otras creencias y de todos los agnosticismos o ateísmos; cambio igualmente en la esperanza trascendente, al encarnarla simultáneamente en una esperanza histórica; y cambio en el amor, al no ceñirlo a los amigos sino extenderlo a los adversarios, en afán de reconciliación […], solo así pudo llegar el ulterior periodo de *Cuadernos* […] y todo lo demás".

Es con ese estado de ánimo y poseído de tales convicciones como Ruiz Giménez va madurando el proyecto de una publicación "reconciliadora" a partir de 1956, cuando debe abandonar el Gobierno franquista en circunstancias recordadamente dramáticas[2]. Vuelto a la relativa placidez de la vida acadé-

[2] "… En febrero del 56 se produjeron unos incidentes con motivo de unas elecciones para cargos de las asociaciones deportivas de la Universidad. Unas elecciones en las cuales hubo una lista de estudiantes que estaba abiertamente en la oposición frente al Régimen […]. Se creó una situación de violencia y en la calle Alberto Aguilera sonó un disparo y cayó un muchacho del Frente de Juventudes, Miguel Álvarez; se creyó en principio que mortalmente herido. Se produjo una situación tensísima y el jefe del Estado decidió concluir con aquello […]. Me llamó y me dijo que iba a hacer una cambio de Gobierno y que yo iba a salir…". Teresa Rodríguez de Lecea, "Entrevista con Joaquín Ruiz Giménez", en *La fuerza del Diálogo. Homenaje a Joaquín Ruiz Giménez*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, p. 303.

mica, en Salamanca tiene como ayudante de cátedra y próximo discípulo a Elías Díaz. En Madrid, en la Universidad Complutense, pocos años después, acoge en su cátedra a Gregorio Peces Barba, que de temprano ha mostrado clara vocación docente y calurosa aproximación hacia las tesis personalistas de Emanuel Mounier y de Jacques Maritain, y que a su vez ha trabado amistad con un grupo de jóvenes universitarios de procedencia cristiana y variada actividad en las Congregaciones Marianas con los que comparte las primeras inclinaciones demócratas y cristianas: Ignacio Camuñas, Juan Luis Cebrián, Javier Rupérez. De la misma procedencia en las Congregaciones Marianas es Pedro Altares, por entonces alumno de la Escuela de Periodismo de la Iglesia, amigo de los anteriores, mientras que Ruiz Giménez cuenta con amigos de su generación y proximidad: Mariano Aguilar Navarro, catedrático de Derecho Internacional y discípulo próximo del que fuera con la CEDA ministro de Agricultura durante la República, Manuel Giménez Fernández; Francisco Sintes Obrador, raro espécimen de militar liberal; y José María Riaza, amigo permanente de la primera y de la última hora. Son esos los nombres que en un primer momento y durante los años iniciales de la revista van a integrar su Consejo de Redacción. A las pocas semanas de su lanzamiento se constituye la Editorial Cuadernos para el Diálogo (EDICUSA), cuyo capital inicial subscriben Ruiz Giménez, Aguilar Navarro, Riaza, Sintes y Antón Menchaca –otro antiguo y fiel amigo de Joaquín–, y se constituye la Junta de Fundadores en la que figuran, además de los mencionados, Valentín Clemente –gerente de la publicación–, Óscar Alzaga, el escritor José Luis Castillo Puche, Julio Rodríguez Arramberri y Leopoldo Torres Boursault.

Son diversas las circunstancias ambientales que en 1963 confluyeron para posibilitar y explicar la aparición de *Cuadernos*, más allá de la voluntad de Ruiz Giménez y de sus amigos, discípulos y colaboradores para llevar adelante el proyecto. En España comenzaba a ser perceptible la indagación por el futuro del país después de Francisco Franco y eran visibles los deseos de superar las secuelas de la Guerra Civil y de establecer formas de comportamiento más acordes con lo que de manera eufemística se conocía como los "países de nuestro entorno" –las democracias europeas–. El mismo régimen había comenzado una lenta modernización económica a finales de la década de los cincuenta, cuando los sueños de la autarquía habían colocado al país al borde de la bancarrota. En el plano político se comenzaban a producir algunos in-

tentos liberalizadores, de los que quizás el más significativo fuera la presencia de Manuel Fraga Iribarne al frente del Ministerio de Información y Turismo desde 1962. Ese mismo año tuvo lugar en Múnich el conocido por "contubernio" de la capital bávara, que por primera vez de manera pública reunía a representantes de las fuerzas democráticas en el interior y en el exterior. El duro tratamiento que recibieron sus participantes al regreso a España mostró las contradicciones y límites en que se movía la autocracia. También en 1962 el Gobierno de Franco había solicitado por primera vez la adhesión a las entonces conocidas como Comunidades Económicas Europeas. La respuesta, pocos meses después, fue, como era de esperar, negativa y su fundamentación estaba precisamente en la falta de carácter democrático del sistema político español. Pero suponía el reconocimiento implícito de que el futuro pasaba por esa confederación político-económica que en 1957, cuando se firma el Tratado de Roma, había sido acogida con desdén por la dictadura.

El 11 de abril de 1963 el Papa Juan XXIII había proclamado la encíclica *Pacem in Terris*, texto germinal para la concepción contemporánea del catolicismo en su explícita aceptación de las libertades de la persona humana como parte inseparable del plan divino de la salvación. Para el mayoritario núcleo cristiano de fundadores de *Cuadernos*, que venían practicando su fe a contrapelo del catolicismo oficial predicado desde el Gobierno y desde la jerarquía eclesiástica, la encíclica supuso una confirmación y un acicate. El Concilio Vaticano II había comenzado en 1962 y eran perceptibles ya, un año después, la orientación acorde con los "signos de los tiempos", en fórmula vaticana, en que habían de desembocar sus deliberaciones en 1965. Joaquín Ruiz Giménez había participado en las sesiones del Concilio como perito y estaba doblemente reforzado en sus convicciones tras la experiencia. En sus palabras de inauguración del Concilio, Juan XXIII había calificado como "profetas de calamidades" a todos aquellos que solo veían a su alrededor "prevaricación y ruina", como si el mundo actual fuera peor que cualquiera anterior, gentes que, decía, "se comportan como si no hubieran aprendido nada de la historia, que es, sin embargo, la maestra de la vida". Para sentenciar que en "el presente orden de las cosas, la Divina Providencia nos dirige hacia un nuevo orden de relaciones humanas que, por los esfuerzos del hombre y más allá de sus mismas expectativas, están encaminadas hacia la realización de los designios superiores e inescrutables de Dios".

En la escena internacional, aun dominada por las duras realidades de la Guerra Fría y del enfrentamiento entre los dos bloques, algunos elementos de distensión permitían el nacimiento de un tibio optimismo. John F. Kennedy entraba en su tercer año de mandato presidencial y era evidente que tras las confrontaciones de Bahía Cochinos y la subsiguiente de los misiles soviéticos desplegados en Cuba, sus relaciones con la Unión Soviética de Nikita Khrushchev habían entrado en un periodo de apaciguamiento. La CEE lentamente consolidaba sus estructuras y casi dos décadas después del final de la II Guerra Mundial la democracia mostraba su solidez en Francia, Alemania, Italia, Bélgica, Luxemburgo, los Países Bajos, Suecia, Dinamarca, Noruega y Finlandia.

El núcleo inicial de *Cuadernos*, en su gran mayoría influido por la reflexión cristiana sobre la cosa pública, comparte pocas pero firmes convicciones: la exigencia de un cristianismo abierto a la dignidad de la persona humana, la reclamación de la democracia como sistema para el futuro de España, la reconciliación nacional, la presencia normalizada de España en el mundo. Y en datos anejos, pero no menos importantes, la indagación profunda sobre la realidad presente y futura del país al tiempo que el gusto por la cultura en todos sus aspectos como elemento imprescindible de enriquecimiento personal y colectivo. En lo puramente táctico, les guía un afán posibilista. Conocen perfectamente la complejidad del entorno que les rodea, poco dado a la permisividad sobre bromas de la disensión, pero creen que su tarea en un principio debe dedicarse no a la subversión del sistema sino a la búsqueda de sus límites de elasticidad. Es ello un tanteo más que una certeza, pero Joaquín Ruiz Giménez y los que en los primeros momentos le rodean –y de hecho ese espíritu, con todas sus variantes, permearía toda la vida de *Cuadernos*– no se tienen por revolucionarios radicales. Unos y otros irían perdiendo con el tiempo cualquier confianza en las posibilidades de evolución del régimen pero nunca, ni en los momentos de mayor desaliento, predicaron otra cosa que no fuera la razonabilidad del diálogo y de la persuasión.

En septiembre de 1962 Joaquín Ruiz Giménez había ya presentado en el Ministerio de Información y Turismo la solicitud de permiso para la publicación de *Cuadernos* explicando que la revista se proponía "establecer un cauce para la fructífera comprensión recíproca y un contraste de opi-

niones entre los diversos sectores de la sociedad española y de los países hispanoamericanos, abordando los problemas humanos más vivos del actual momento histórico, a la luz de la concepción cristiana de la existencia". El número 1 de la revista se abre en la portada –un diseño elemental y modesto que sin embargo sería durante muchos años acreditada marca de referencia para la multitud de españoles que soñaban con un país distinto y mejor– con un artículo programático titulado "Razón de Ser" y debido a la pluma de Ruiz Giménez, y donde se contiene el propósito de la publicación: "Nacen estos sencillos *Cuadernos para el Diálogo* con el honrado propósito de facilitar la comunicación de ideas y sentimientos entre hombres de distintas generaciones, creencias y actitudes vitales […], están abiertos a todos los hombres de buena voluntad, hállense donde se hallen y vengan de donde vinieren, más atentos al fin de la marcha colectiva que al punto de procedencia".

Y, en efecto, la intención inicial de Joaquín Ruiz Giménez y de sus colaboradores fue la de contar en la revista con la presencia de un amplio espectro de personas y opiniones, que incluían desde los sectores más abiertos del régimen hasta la izquierda marxista. En las sesiones preparatorias previas a la publicación, que tenían lugar en el amplio piso de doña Antonia, la madre de Ruiz Giménez, en la calle Ortega y Gasset, se barajaron nombres múltiples de los que solo unos pocos fueron en principio excluidos por estimarlos en exceso asonantes o extremos. Para el resto, como escribe Pedro Altares, *Cuadernos* quiere creer que no existen dos Españas de manera que para el primer número se escriben cartas prácticamente a todas las personas públicas del país, dentro y fuera del régimen, especialmente del estrato universitario, con excepción del núcleo más duro del sistema. Primera sorpresa: los franquistas contestan con recelo y dicen que prefieren esperar a conocer el carácter de la revista. Buena acogida, aunque no entusiasta, por parte de la todavía poco visible oposición democrática, con excepción de los por entonces perseguidísimos comunistas, que desde el primer momento aceptan colaborar"[3].

[3] Pedro Altares, "La historia de *Cuadernos para el Diálogo"*, en *La fuerza del diálogo. Homenaje a Joaquín Ruiz Giménez*, p. 136. Alianza Editorial, Madrid, 1997.

Cuadernos conoció un éxito inmediato. La tirada inicial del primer número fue solo de tres mil ejemplares, pero inmediatamente hubo que hacer varias y sucesivas ediciones dada la expectación generada y a pesar del precio –25 pesetas de entonces– relativamente elevado. Tuvo también éxito en la desagradable sorpresa que produjo en los estamentos censores del régimen, que se mostraron disgustados ante lo que consideraron una revista política crítica con el sistema y no la cultural e intelectual que ellos decían haber esperado. Ya desde el primer número ello inauguró una larga serie de sordas batallas entre la publicación y la censura, que se saldaban con artículos tachados parcial o totalmente, prohibiciones de salir a la calle y consiguientes recogidas de números y/o las multas correspondientes. Pero esa tensión, siempre tan frustrante, a la postre resultó creativa para la revista, que nunca cejó en su empeño de comunicarse con los lectores, aunque fuera de manera tardía e incompleta, y cuyos rectores y colaboradores aprendieron la difícil tarea de la elipsis, la ocultación o la parábola para decir entre líneas, pero de manera que todos lo escucharan, lo que la censura no quería oír.

Tuvo *Cuadernos* unos comienzos artesanales, luego ligeramente mejorados, aunque la elaboración de la revista siempre respondiera a criterios de austeridad y sus números económicos, en muchas ocasiones apoyados por las aportaciones de propios y ajenos, nunca consiguieran otra cosa que no fuera la supervivencia. En la adecuada gestión empresarial tuvo un destacado y positivo papel Rafael Martínez Alés. Con la revista ya en la calle, las tertulias en casa de doña Antonia fueron sustituidas por las reuniones del Consejo de Redacción en un piso destartalado de la calle que entonces se llamaba Héroes del 10 de agosto y hoy responde al nombre de Salustiano Olózaga, junto a la Puerta de Alcalá. En la fachada figura el rombo conmemorativo que el Ayuntamiento de Madrid ha colocado para evocar la presencia allí de la revista. Cuando la dimensión del invento iba tomando otras proporciones, *Cuadernos* se instaló en la que habría de ser su sede definitiva, en el número 19 de la calle Jarama, un chalet en la Colonia de El Viso. Y es que, al poco tiempo de comenzar y en la medida en que se ampliaba el círculo de colaboradores regulares, las reuniones del Consejo de Redacción dejaron de ser coto cerrado para sus titulares y se convirtieron en ocasiones muy abiertas de frecuencia semanal en las que se procedía a la elaboración de la revista, pero también al intercambio de opiniones y

puntos de vista sobre la actualidad circundante. Fue ese frecuente tacto de codos entre gentes diversas el que contribuyó a crear un ambiente de civilidad democrática que tanto habría de servir para lubrificar la vida política y social española en los años subsiguientes. La gente de *Cuadernos*, cada vez más abundante y variopinta, y siempre presidida por la figura de Joaquín Ruiz Giménez, había aprendido efectivamente la virtud del diálogo. No cabe exagerar la importancia que ello habría de tener durante los tiempos de la transición hacia la democracia.

Tiene razón Javier Davara al distinguir tres períodos en la evolución de *Cuadernos para el Diálogo*[4]. Transcurriría el primero desde su aparición hasta 1968, mientras que el segundo llegaría hasta 1976 y el tercero y último cubriría los dos años de su vida como semanario entre 1976 y 1978. En el primero primarían las orientaciones democristianas, el segundo contemplaría una progresiva secularización de los contenidos de la revista, mientras que el tercero reflejaría una clara inclinación hacia las tesis socialistas. Algo similar mantiene Eugenio Nasarre: "La vida de *Cuadernos* a lo largo de sus quince años no fue estática. Ayudó a cambiar con su reflexión culturalmente a la sociedad española, pero también se fue transformando a sí misma. El cambio de *Cuadernos* consistió de una parte en su creciente pluralismo interno, hasta el punto de irse convirtiendo en una plataforma común de todos los sectores de la oposición democrática, y de otra en su creciente 'laicización' o, si se prefiere, en decreciente impregnación explícita cristiana"[5].

En realidad *Cuadernos* no fue nunca estrictamente una publicación partidista, por más que predominara el componente democristiano al principio de su andadura y el socialista al final de la misma. En sus años más creativos y fructíferos, que no por casualidad corresponden con el tiempo de la vida de Franco, lo mejor de la revista fue siempre su carácter de te-

---

[4] Javier Davara, "*Cuadernos para el Diálogo*, una revista necesaria", en "Estudios sobre el mensaje periodístico", en la red, 2004. También en "*Cuadernos para Diálogo*, un modelo de periodismo crítico", tesis doctoral Universidad Complutense, Facultad de Ciencias de la Información, Madrid, 2001, en la red.

[5] Eugenio Nasarre, "Los católicos en la contribución de la Democracia", en *La fuerza del diálogo. Homenaje a Joaquín Ruiz Giménez*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, pp. 220 y 221.

rreno plural abierto a la discusión y al consenso. Fueron esos años de exploración, en los que ningún tema de la vida nacional o internacional quedaba al abrigo del examen, la crítica y la propuesta. Queda por debatir, aunque en estas alturas de la historia la cuestión tenga un valor académico, si los cristianos del principio fueron más consecuentes con el propósito fundacional de apertura que los socialistas al final, y posiblemente la respuesta sea positiva. Aunque en realidad cabe también el análisis de otros hitos que marcarían la vida de *Cuadernos* y de sus protagonistas.

En 1966, en sus limitados intentos para dotar al régimen de una estructura institucional, el Gobierno convoca un referéndum para la aprobación de la Ley Orgánica del Estado, compendio que reúne las llamadas Leyes Fundamentales del Reino. El acto tiene un carácter plebiscitario en el que apenas cabe la crítica. El único en realizarla es *Cuadernos para el Diálogo* en un editorial que redacta el diplomático Amaro González de Mesa y en el que de manera tan reposada como firme se subrayan las manifiestas insuficiencias de los textos sometidos a votación. *Cuadernos* ha pasado el Rubicón: frente al franquismo ya no caben ni esperanzas ni dudas. En 1969 la proclamación del Estado de excepción lleva al destierro a varios colaboradores de la revista, entre los que se encuentran Óscar Alzaga, Gregorio Peces Barba, Elías Díaz, Manuel Jiménez de Parga y Raúl Morodo. En 1973, con ocasión del golpe de Estado en Chile que acaba con la vida de Allende y lleva al poder a Pinochet, la revista publica un número extraordinario dedicado íntegramente al tema incluyendo varios artículos en los que se critica el apoyo de la democracia cristiana al golpe. En el número siguiente, José María Gil Robles y Gil Delgado, Julen Guimón y Jaime Cortezo manifiestan su disconformidad con el tratamiento dado al acontecimiento y sobre todo critican que *Cuadernos* haya abandonado su línea fundacional al inclinarse por opiniones sesgadas. Es en diciembre de 1973 cuando Gregorio Peces Barba tercia en la polémica para afirmar que la revista ya no es una publicación ingenua sino otra de inspiración humanista, espiritual, "crítica y socialista"[6]. En el número 125, correspondiente al mes de febrero de 1974, destacados miembros del sector democristiano de la re-

[6] Gregorio Peces Barba, "Acotaciones críticas a 10 años de *Cuadernos*", *Cuadernos para el Diálogo*, número extraordinario XXXVIII, diciembre de 1973, p. 24.

vista –Óscar Alzaga, Eduardo Cierco, José Juan Toharia, Juan Antonio Ortega y Díaz-Ambrona y Gregorio Marañón Beltrán de Lys– expresan su disconformidad en una carta al director, entendiendo que *Cuadernos* no debería olvidar su origen como plataforma de encuentro de las distintas opciones democráticas. Ese grupo sería el embrión de la revista *Discusión y Convivencia*, cuyas iniciales DC llevan una carga explícita de contenido democristiano, aparecida en 1975 y de vida tan corta como la que restaba a *Cuadernos para el Diálogo.* Aunque no todos los democristianos de *Cuadernos* siguieran ese rumbo. La inmensa mayoría de los originarios permanecieron en la Junta de Fundadores hasta el final del periplo; Eugenio Nasarre –junto con Rafael Arias Salgado y Gregorio Peces Barba– realizó las tareas de coordinación de la revista semanal, y gentes como Antonio Vázquez Álvarez, antiguo y permanente amigo de Ruiz Giménez, se esforzó en el Consejo de Administración, cada vez más dominado por aportaciones de personas próximas al socialismo, por dotar de viabilidad económica al ya entonces declinante proyecto. Y es que, víctima de su propio éxito, *Cuadernos* terminó por sufrir los vaivenes partidistas en que las gentes entraron cuando la pluralidad democrática de opciones fue imponiéndose a las necesidades primitivas y más elementales de la lucha contra la dictadura.

En noviembre de 1975 muere Franco, y en marzo de 1976, bajo la dirección de Pedro Altares[7] –presencia permanente en la revista durante todos los años de su existencia–, *Cuadernos* adquiere una periodicidad semanal. Había sido un proyecto acariciado durante bastante tiempo el multiplicar el acceso a los lectores a través de una revista semanal de información general, pero la transformación no pudo hacer frente a las costes adicionales en un mercado cada vez más competitivo en el que la aportación especifica de *Cuadernos* ya no tenía ni sitio ni audiencia. Con el final de la dictadura y la generalización de las libertades proliferan los medios de comunicación, sin que nadie pudiera arrogarse la especificidad en el impulso y la didascalia hacia la democracia. No dejaba de ser una paradoja que el gran paladín me-

[7] Ruiz Giménez fue el director de la revista hasta 1966, cuando la nueva Ley de Prensa impuso la posesión de carné de periodista, que él no tenía, para desempeñar la dirección de un medio de comunicación. De 1966 al 1968 el director fue Francisco José Ruiz Gisbert y desde ese momento hasta 1976, Félix Santos.

diático de las libertades durante el franquismo se viera forzado a desaparecer una vez conseguido su reconocimiento. El mercado, los lectores y las circunstancias forzaban el acatamiento del final del ciclo. El último número de la revista, correspondiente al 14 de octubre de 1978, incluye un editorial donde, bajo el escueto título de "Gracias", se reconocen las dificultades por las que *Cuadernos* atraviesa, anuncia que quizás ya no vuelva a aparecer y añade: "La Democracia está ya a las puertas de nuestra historia y pensamos que algo han contribuido a ella las miles de páginas escritas en *Cuadernos*". Y concluye afirmando que la revista nació para luchar contra la opresión, el hambre, las injusticias y la desigualdad, y, aunque no cree haberlo conseguido, queda al menos "la satisfacción de haberlo intentado a través de la letra impresa, que es como la grasa en el motor de la historia".

Cincuenta años después de que apareciera en los quioscos el primer y tímido número de *Cuadernos para el Diálogo* cabe recordar la ingente aportación que la revista supuso para la cultura democrática en España. El análisis detallado de sus contenidos nos aportaría no pocas sorpresas y alguna que otra perplejidad, porque al fin y al cabo se trataba de escribir en un tiempo y un país de condicionantes bien definidos. En donde no cabe ni sorpresa ni perplejidad es en la contundente apuesta que *Cuadernos* siempre realizó por la defensa de los derechos humanos, por el valor de la democracia, por la reconciliación de los españoles, por la convocatoria pacífica para el consenso o la disidencia. Y cumplió con creces en la realización de sus propósitos: los números regulares de la revista, sus números extraordinarios monográficos, la aportación editorial de más de quinientos títulos en los terrenos más diversos del saber humano quedan como una masiva muestra de voluntad de civilización ilustrada en tiempos en que el pensamiento y la cultura no eran monedas de uso habitual. Poco podían imaginar Joaquín Ruiz Giménez y sus jóvenes amigos y colaboradores, algunos de los cuales acababan de pasar la barrera de los veinte años, que aquel arriesgado intento de introducir la razón en las apretadas costuras del franquismo acabaría por convocar a lo más granado de la intelectualidad española, a gran parte de la clase política de los primeros y segundos años de la democracia, a las mejores plumas del periodismo nacional. La historia de *Cuadernos para el Diálogo*, cincuenta años después, merece un agradecido recuerdo y ser aprendida como una gran lección. Porque "con

Cuadernos o sin ellos la democracia en España hubiera sido siempre una realidad. Pero la historia de esa realidad es imposible hoy realizarla sin una referencia a *Cuadernos para el Diálogo* y a sus gentes"[8].

PALABRAS CLAVE

Pensamiento político • Cultura • Franquismo • Valores occidentales

RESUMEN

El artículo hace un repaso por la trayectoria de la revista cultural Cuadernos para el Diálogo, una de las publicaciones clave para entender los cambios que tuvieron lugar desde el fin del franquismo hasta los primeros años de la democracia española. Entre los muchos intelectuales que colaboraron en este proyecto, destaca la figura de su fundador, Joaquín Ruiz Giménez, cuya encomiable labor fue decisiva para la transmisión de los valores democráticos que caracterizaron a esta revista.

ABSTRACT

This article reviews the record of the cultural journal Cuadernos para el Diálogo, one of the key publications to understand the changes that took place from the end of Franco's time to the first years of Spanish democracy. Amongst the many intellectuals who collaborated in this project, the figure of its founder, Joaquín Ruiz Giménez, is worth mentioning, whose commendable work was crucial in the transmission of the democratic values that have distinguished this journal.

BIBLIOGRAFÍA

Davara Torrego, Javier (2001): "*Cuadernos para el Diálogo*: Un modelo de periodismo crítico", tesis doctoral, Universidad Complutense, Facultad de Ciencias de la Información, Departamento de Periodismo, Madrid.

Davara Torrego, Javier (2004): "La aventura informativa de *Cuadernos para el Diálogo*", Estudios sobre el mensaje periodístico, número 10, Madrid, pp. 201-220.

Davara Torrego, Javier: "*Cuadernos para el Diálogo*. Una revista necesaria", publicación en la red, sin fecha.

Muñoz Soro, Javier (2005): *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*, Editorial Marcial Pons, Madrid.

Pando Ballesteros, María Paz (2007): "Cuadernos para el Diálogo: un es-

[8] Javier Rupérez, "La hazaña de la libertad posible" en *Cuadernos para el Diálogo*, número extraordinario XXV aniversario, editado por la Asociación de la Prensa de Madrid, diciembre de 1988, p. 93.

tado de la cuestión", *Studia Storica*, Historia Contemporánea, número 25, pp. 363-379.

Pando Ballesteros, María Paz (2010): *Ruiz Giménez y "Cuadernos para el Diálogo", Historia de una vida y de una revista*, Editorial Librería Cervantes, Madrid.

Varios autores (1988): *Cuadernos para el Diálogo*, número extraordinario XXV aniversario, editado por la Asociación de la Prensa de Madrid, diciembre.

VV. AA. (1997): *La fuerza del diálogo. Homenaje a Joaquín Ruiz Giménez*, Alianza Editorial, Madrid.